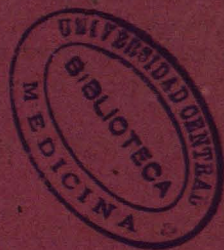


Solera D Manuel

81-7-A-NH-

156
Ca 2532



1883

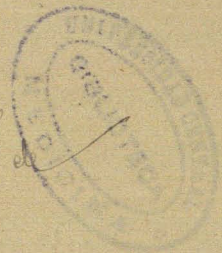
Consecuencias del trabajo de las mugeres y niños en
las fabricas.



X5249510
1857

Memoria

que para opción al grado de



Doctor en Medicina y Cirujía

presenta

Manuel Soler y Camillo

en el año de

M. D.



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5315394473

61848752X
i 25489689



M. D. Sr.

El medio de mejorar la posición material del
obrero, consiste sobre todo en mejorar sus costumbres.
V...

Hay cuestiones de higiene entaradas con las de economía social y privada, cuya solución, después de haber ocupado recientemente a los mas distinguidos economistas modernos, no pueden facilmente prevase todavía; hay entre el capital y el trabajo una lucha antigua y rencorosa, que, ya sorda, ya publicamente, ha ocasionado los mas serios conflictos, ha ocasionado numerosas y afflictivas crisis industriales, que, mermando el trabajo, han reflejido en dano de fabricantes y operarios, en particular de los ultimos, que careciendo por lo comun

de recursos, han debido sufrir mil privaciones, en menoscabo de sus fuerzas, de su salud, y de la de su familia.

Si volvemos ^{la vista} lo que sucedía años atrás, y vemos el estado satisfactorio de nuestros obreros aunque pocos y diseminados, tendremos cierta envidia, y apenas sabremos que deseamos, si la quita y pacífica bien que menguada fabricación de nuestros abuelos, ó la sorprendente y multiplicada industria actual que, aunque productiva es mas numerosa y concentrada, siguiéndose de estas causas, efectos tristes y deplorables.

Antiguamente la industria, aunque unida á la agricultura, dándose las manos el capital y el trabajo, formaban estas fuentes de la riqueza pública un laudable consorcio cuyo resultado era el bienestar general y la riqueza de nuestros pueblos. Todos nuestros obreros eran igualmente colonos, que ora empuñaban la esteva del campesino, ora la lanzadera del tejedor, ó la carda del pelaire; eran los mas propietarios de su telar, cuyos beneficios unidos al producto de los campos, constituían todo su capital, y el bienestar de su familia, numerosa y feliz.

Esta clase, tan numerosa al principio de este si-

glo, como era nuestra expresión agrícola y manufacturera ha desaparecido enteramente; se ha dado á la vida industrial una dirección nueva, y nuevas tendencias, las invenciones extranjeras han derribado las fortunas y las cosas antiguas, apasociando la centralización que lo ha absorbido todo. La industria lanera ha desaparecido de nuestros pueblos de la montaña, la terciaria va disminuyendo en ellos cada dia, y la industria algodonesa que en el dia las abraza todas, se va reuniendo en pocos y determinados centros de fabricación.

Es verdad que nos admiramos mucho estas inmensas cuadradas, cuyas complicadas máquinas movidas por el agua ó la fuerza elástica del vapor producen tanto, y con una perfección ó que jamás habría llegado la mano del hombre; que es muy bello contemplar á la multitud de obreros que da dirección á estas máquinas, afanándose al fragoroso rumor de la maquinaria, del balancin, ó de las turbinas; si recordamos empero que estos obreros eran antes pequeños industriales, que constituían una clase que ha desaparecido para pasar á la de jornalera y mercenaria; que, perdida su independencia se ve unida á la multa que dirige; que

en lugar de los aires del campo, se ve obligada a respirar un ambiente muchas veces contaminado e insalubre; si además contemplamos la tierna edad de algunos infelices que atados al manubrio que deben mover continuamente; la reunión de seres en perjuicio del pudor y en menoscabo de las buenas costumbres..... cesará entonces nuestra admiración; tintas pálidas y sombrías velarán el cuadro que formaba nuestra fantasía, y casi nos harán desear la desaparición de tan la riqueza y producción reunidas, ofrendo para la industria precaria de nuestros abuelos.

Mas estos deseos son imposibles, bajo la pena de seguir unidas al carro de la prosperidad de nuestros vecinos manufactureros; admitidas las máquinas por un país, debe admitirlas el vecino si quiere conservar su preponderancia; siendo estas movidas por un agente motor, es preciso que sean en gran número; debiéndose seguir necesariamente el aglomeramiento de operarios, con todos los efectos inherentes a estas causas.

Convencido pues de la importancia del asunto que me ocupa, y siéndome por otra parte, forzado

redactar una memoria sobre el asunto que me pareciera mas conveniente, no titubee ni un momento en elegir el tema que dejo anunciado, y que procurare desarrollar del mejor modo que pueda no sin gran temor, de los mis limitados recursos literarios y la escasez de datos estadísticos que me he sido posible recoger.

A pesar de los terminos generales en que está expresado el tema de la presente memoria, me fijare casi exclusivamente en la industria algodonera, por ser la que existe en mayor escala, a lo menos en Cataluña.

Para mayor claridad, me ocupare primero de las circunstancias físicas que rodean a las mugeres y niños en las fábricas, como son, el aire de las cuadras, en el que estudiare su temperatura y composición junto con los cuerpos extraños que contiene; hablando tambien de la duración del trabajo de los niños y de los salarios; de la mortalidad de la clase obrera, dare una ojeada al estado moral de las mugeres y niños industriales, y por ultimo para completar el cuadro, citare algunas enfermedades que les son peculiares, dando el genero de trabajo a que se dedican.

1. Aire de las maclas.

La composición del aire atmosférico debe ser de 208 partes de oxígeno, y 78 2 de nitrógeno para cada 100 volúmenes, aunque siempre contiene, si bien en cantidad muy pequeña, ácido carbónico, amoníaco, hidrógeno carbonado, y vapor acuoso; pero el aire de las fábricas, dista mucho de este tipo, puesto que contiene siempre gran cantidad de ácido carbónico, tiene menos oxígeno, y hay en gran abundancia, polvo orgánico constituido por las fibras del algodón, como también los aceites rancios, que calentados por la potencia de las máquinas que deben suavizar, despiden ácidos grasos debidos al enranciamiento, hay además la cola de que se sirven los tejedores para dar al hilo flexibilidad y mayor tenacidad, y también algunos mordientes y tintes dados á los mismos hilos, todo lo cual lo impurifica de tal modo que lo hace poco menos que irrespirable. Anádese á esto un calor bastante elevado, porque si bien en la sala de las cardas

es suficiente una temperatura de 15° á 16° centígrados, en los hilados finos debe ser de 24° á 25°, y en los espesores que sirven para preparar los urdidosumbres, como en ellos hay una caldera hirviendo que recibe los hilos para que se empapen de cola, pasando después á un cilindro calorífero de hierro colado que envuelve los hilos instantáneamente, este y la caldera, despiden un calor que no baja de 24° á 28°; todo lo cual contribuye á que el aparato respiratorio de los obreros sometidos á estas causas, tenga que redoblar sus esfuerzos para verificar los cambios químicos que en las vesículas pulmonares debe experimentar su sangre.

Pero los efectos de este mepitismo, si bien lo sufren todos los individuos que á él se sujetan, hay unos que lo sienten más, y estos son las mujeres y los niños, lo que se comprende fácilmente. En efecto, las hembras, como tienen el campo respiratorio mayor, y mayor también el diámetro de los conductos bronquiales, aunque el aire tiene cuerpos extraños, estos no son bastantes para privar que el aire se ponga fácilmente en contacto con las vesículas pulmonares, y por lo tanto, satisfaga re-

lativamente las necesidades orgánicas, pero en las mujeres y mas aun en los niños, facilmente se llenan de cuerpos extraños las últimas ramificaciones bronquiales, disminuyendo en gran manera el campo respiratorio, lo que obliga á verificar mas inspiraciones, y con mayor esfuerzo, dando por resultado el estroyamiento de las vesículas llenas de cuerpos extraños, y que estos penetran dentro del tejido pulmonar, dando lugar á la interminable serie de trastornos propios de la neumoconiosis.

Al ver se me dirá que hay exageración en lo que acabo de decir, ¿pero á que cause deben atribuirse estas laringitis manifestadas por la sordera que sin excepción vemos en los individuos que hace algun tiempo trabajan en alguna fábrica, y sobre todo en las mujeres y niños? ¿serán debidas á caso al cambio brusco de temperatura, cuando los obreros salgan de la fábrica? No negaré que el aire frío pueda producir la laringitis, antes al contrario, en la mayor parte de ellos su origen es á pique, pero si que no puede admitirse que tantos individuos como haya en la fábrica, sufran idéntica enfermedad, resultado del aire frío

ya que no sucede lo propio en iguales circunstancias, como por ejemplo, á la salida de un teatro, de un café etc. en cuyos casos, aun admitiendo que la mayor parte de personas sufriran las consecuencias del aire frío, no todas tendrían laringitis, sino que veríamos, anginas, bronquitis, neumonías, congestiones pulmonares, pleuretias, catarros gástricos, neuralgias, reumatismos etc.

Además, esta sordera que vemos en nuestros industriales, no aparece brusca y repentinamente sino que poco á poco va desarrollándose, lo que aleja de todo punto la idea de que pueda ser debido al aire frío, instándonos por otra parte, á la neumoconiosis como causa determinante.

Grande por contingente es la importancia que tiene en la vida y salud de las mujeres y niños, el aire que respiran en las fábricas, puesto que faltando el alimento necesario á sus pulmones, la economía entera se veiente, una sangre pobre riega sus órganos por lo cual estos no funcionan del modo debido, contribuyendo todo, al aniquitamiento orgánico.

¿Como se remediarán pues los efectos del polvo

y demás sustancias contenidas en el aire de las fábricas? A los principios de la enfermedad es posible cortar el curso, suspendiendo los trabajos y abandonando el taller por algún tiempo: remedio indispensable pero no siempre posible de practicar.

Sin embargo, si la mujer se ve obligada a dejar el labor de la fábrica por las enfermedades que le ocurren, estudiemos en su fisiología cual es el que más se aviene a sus potencias físicas y morales, y veremos que ni son tan robustas sus carnes, ni tan potente su actividad cerebral, que le sean permitidos los trabajos rudos, ni los graves esfuerzos del ingenio; pero debieran considerarse privativos de su organización los oficios en los que no se necesita desarrollar más que una mediana intensidad de fuerzas físicas o mentales.

No son por consiguiente apropiados a la naturaleza de la mujer los trabajos de fabricación, tales como mover la rueda, hilar la lana o el algodón, ni tampoco por lo general están adecuadas a su capacidad mental, las carreras literarias, ni las profesiones de cálculo, ni mucho menos las graves ta-

reas de la política. Pero ahí están las tenderías, las tiendas de blonetas y encajes, las de bordados, las papelerías, los estamadores, las cajas de imprenta, y otros mil oficios por el estilo que bien podrían ser desempeñados por las mujeres, en vez de servir de ocupación a robustos moros, cuyas barbas forman un irrisorio contraste con el débil esfuerzo que sale de sus membrudos brazos.

De esta suerte, hallándose reservadas a la mujer estas industrias, no habría lugar a que la concurrencia se enfocase a la debilidad, y el trabajo de la mujer sería debidamente recompensado. Entonces sería verdad que la mujer se bastaría a sí misma para mantenerse y desaparecería para siempre de nuestros ojos, el cuadro desgarrador de los afanes sin cuenta a que se obliga para amontonar trabajo, sin que esto a causa del exceso primario que tiene para su trabajo baste a producirle la ganancia siquiera para comprar el pan cotidiano.

Y no se diga que las tareas de la maternidad deben absorber todo el tiempo de la mujer por lo cual no puede dedicarse a oficio alguno que pueda proporcionarle el sustento. Convenido que en la fe-

militia; no debe ganar la mujer su pan ni el de sus hijos; pero ¿cómo negar que pueden presentarse repetidas ocasiones en que ha de serle altamente provechoso ejercer la aptitud ya que no la maestría paregié en algún oficio? La viuda del comerciante arruinado, la mujer del marino que pereció en el naufragio, la esposa del desgraciado que se quedó paralítico, manco, o cojo, en la hora en que se veía rodeado de una numerosa prole; ¿cómo no ha de hallar alivio, en el ejercicio de una de estas artes adecuadas á su capacidad fisiológica, si en ello tiene el medio de salvar de la indigencia á su familia, y si tambien en ella encuentra el recurso de poder ensayar su heroismo de esposa y madre?

¿Mas esta independencia que tanto aptaus elinos para la mujer ¿podría llegar á ser causa de la relajación de los vinculos de la familia? ¿preclispondría á aquella á emanciparse, y sería en definitiva un atentado mas ó menos directo, contra la indisolubilidad del matrimonio? El que tales extremos afirmare, de seguro no conoce el corazón de la mujer. De seguro ignora lo que en ella puede el amor. La

mujer que ama, no va á la traga de sus derechos sociales; todo lo rehuse, todo lo desdena á trueque de ser amada por el hombre en quien cifó su dicho. ¿Para la mujer en cuyo seno palpita la maternidad, ¿que hay en el mundo comparable con el afecto de sus hijos? Aquella á quien los vinculos civiles y religiosos y los lazos naturales que impone el amor, no basten á retenerla en el seno de la familia, emanciparse tambien aunque no carezca de recursos, á falta de caudal venderá sus besos; rotos ya los frenos de sus pasiones, saciará á un tiempo el hambre y la voluptuosidad en las mancebias, y hará escarnio de la sociedad, que dejó de cohibirla en hora oportuna el flejo de matadores á que le conduca un primer extravío, se venga de rapisada cubriéndola de infamia y anonadando su nombre en la ignominia.

Esta es pues, la clase de trabajo que corresponde á la mujer y en el que aun sus hijos podrían ajustarla pero como aun quedan mujeres en las fabricas, y es las padecen los perniciosos efectos del mepitismo put verestento de sus cuachas, hántese mirado algunos medios para corregirlo y por esto, la sociedad industrial de Mulhouse, conociendo cuan importante sería pa

ra la industria algodonera, una máquina para abrir y limpiar toda clase de algodón en rama sin deteriorarlo esto es, sin cortar sus filamentos; prometió una medalla de oro al inventor de una máquina que reemplazara en todas sus partes a la limpia manual empleada hasta entonces en los hilados finos, la cual se hacía limpiando y esponjando el algodón con cordetes, que estando sujetos de un cabo eran movidos bruscamente por el otro, perscutiendo en su parte media al algodón que recibía sus fuertes sacudidas; operación que como se conoce fácilmente, era muy insalubre por la densísima nube de polvo y borilla que levantaba con el traqueteo. Por el concurso industrial de Muelhouse, se inventó el Nélon y el Water limpiador, que cada día va perfeccionándose en todas las fábricas.

Si el fabricante antepone el egoísmo a la salud de los operarios, y no cuida de sustituir las máquinas antiguas por las modernas, sino introduce en su fábrica todas las perfecciones de la mecánica, obligada a ello el gobierno, que mirar debe con particular predilección por la salud de sus gobernados; y este seguro que mas tarde, las bendiciones del fabricante cuando

vea prácticamente la mayor robustez de sus operarios vendrán a aumentar la satisfacción que habrán experimentado procurando el bienestar de estos infelices.

B. Duración del trabajo.

Ciertamente que las lágrimas se asoman a los párpados cuando uno lee la duración del trabajo de los infelices en ciertos países y determinadas fábricas, no gozando de ninguna prerrogativa ni descanso, el infeliz niño de seis a ocho años, que a pesar del sueño y de la fatiga que le agobia, debe permanecer despierto y amarrar los hilos que se le rompen. ¿Es quien no entristecen estas palabras de est. Arquiles Renot? « Soy filatero en Francia que retienen a los obreros diez y siete horas cada día; siendo los momentos de descanso, media hora para el almuerzo y una para la comida, quedando quince horas y media de trabajo efectivo. »

Estas escenas, afortunadamente no tienen lugar en España; nuestras filaturas y fábricas de tejidos mecánicos, tienen señaladas 58 horas de trabajo semanales divididas en 12 por día y nueve el sábado, que con

chuyen á las cuatro de la tarde, hora en que se limpian las máquinas; en las fabricas del Ser, son 13 las horas de duracion del jornal ordinario.

En tiempo de mucha demanda, se trabaja á veces por la noche, particularmente en las fabricas movidas por el agua; nueva serie de trabajadores viene á reemplazar á los primeros, para volver á sucederles al día siguiente.

Como nuestra fabricacion no ha tomado el incremento que en Francia é Inglaterra, nuestros obreros tienen regularmente cabida en el mismo pueblo ó en otro muy inmediato, ahorrando á nuestros ojos, el triste espectáculo de ver llegar de apartadas viviendas á los infelices operarios. "Es un espectáculo muy aflictivo, dice Mitterme, el ver los obreros que cada mañana llegan allí (Mulhouse) de todos lados. Es doloroso ver la multitud de niños, flacos, macilentos, cubiertos de harapos, volver á la pesera con los pies desnudos en tiempo de barro y con la lluvia, llevando en la mano, y si llueve, debajo del vestido, impermeable á causa del aceite del telar caído sobre ellos, el pedacito de pan que debe alimentarlos hasta su regreso."

Este estado tan deplorabile de los niños que nos

pinta el ridiculo y concienzudo Mitterme, y que recargó aun el virconde Dubouchage en una sesion de los Pares de Francia, hace desear para estos infelices, el estado de esclavitud en las Antillas, cuyos trabajos son moderados, y solo de nueve horas diarias segun documentos oficiales.

Los hijos de nuestros obreros, no llevan una vida tan dura, pero deben trabajar doce horas diarias; y ¿ha considerado bien el gobierno todos los inconvenientes de un trabajo tan largo para criaturas de ocho años? ¿ha considerado que en esa edad no han adquirido aun el desarrollo suficiente para el trabajo á que se les sujeta? ¿que se les priva de toda cultura intelectual y moral, y que se les hace vegetar como las plantas sin el riego de la instruccion? ¿que se les privan las afeciones de familia que deben despertar en ellas los sentimientos mas dulces, y mas propios para la sociedad de que deben formar parte? ¿que se les tiene extraño, á los sentimientos de religion; y á todo lo que constituye la dignidad y felicidad del hombre?

Gracias aun si el contagio del mal ejemplo no inculca en sus tiernos corazones el germen destructor del libertinaje, convirtiéndolos en vicioso plantel, que de

de formar mas tarde una generacion embustecida.

Si el deseo de la ganancia no fuera mas apreciable para algunos padres, que la honra o el de sus hijos, no les permitirian trabajar fuera de su casa, supuesto que la necesidad les obliga á ocuparlos en la fábrica; pero ya por casualidad, ya mejor por cálculo, los hijos trabajan lejos de sus padres y con distintos amos, para que si el uno suspende sus tareas, no queden todos sin jornal. Venen pues los hijos sin el menor amparo, en la edad en que despiertan las pasiones, en que su imaginacion inquieta quiere penetrar la significacion, el arcano de ciertas palabras que jamas debieran sonar en sus oidos, de algunas acciones que sus ojos no debieran ver jamas.

Añádese á estas faltas morales, la falta de instruccion, y á la carencia de principios religiosos, la ocupacion única é idéntica, los mismos movimientos musculares, los mismos hilos, y los mismos nudos, el principio regular de la marcha operada y uniforme de la máquina, y tendremos un autómata, una máquina tan insensible á los afectos de la familia y á los sentimientos religiosos como los mismos artefactos á cuya elaboracion trabajan.

Los daños físicos que la temprana ocupacion de

los niños en las fábricas, ocasiona á estos infelices, es grande y de consecuencia trascendentales.

M. Jackson citado por Patisier que ejerce la medicina en el condado de Lancaster, donde existe un considerable número de operarios de algodón dice, " que si se hace trabajar á un niño de ocho años, 10 horas cada dia en una de aquellas manufacturas, quedará pequeño de talla, y si llega á ser alto, lo que casi no sucede jamas, sus huesos y músculos no adquiriran nunca el desarrollo y la fuerza que constituyen al hombre robusto. Entre de los 30 años tendrá un color pálido y plomizo y un aspecto que indica un estado general de mala salud, si se le pregunta, aquejará dolores profundos en los hipocóndrios, una tos seca, y digestiones penosas. "

" Los niños no aparecen mas afectados que los adultos pero en todas sus enfermedades presentan siempre un desorden en las vias digestivas que les hace muy sujetos á la atropia mesentérica "

A todo puede darse mas elocuente y persuasivo que la voz de los mismos fabricantes, cuando contra sus intereses declaman contra el trabajo infantil, por lo mucho que menoscaba sus salud y sus fuerzas. Pa

die ha olvidado en Francia las fuentes y verdaderas causas de todas con que M. J. Jacobo Boucart co-proprietario de la hermosa fábrica de hilados de M. M. Nicolas Pehlumberger y compañía, usó en 30 de noviembre de 1827 ante la sociedad industrial de Mulhouse, el triste y patético cuadro de la demoralación, demacración y enfermedades de estos infelices niños convertidos en autómatas y verdaderas máquinas, junto a las que siguen en sus pausados y uniformes movimientos.

Al mismo tiempo otro amigo de la humanidad desahogada, sostenía ante la facultad de medicina de Paris una luminosa tesis que patentaba los tristes efectos de un trabajo prematuro y demasiado largo, y débiles fuerzas de los niños de ambos sexos, empleados en las fábricas de algodón. Su voz, si bien que autorizada como médico, no hizo tanto eco como la de su contemporáneo Boucart, fabricante y co-proprietario, si bien ambos prepararon el terreno y empezaron una lucha que finió en Francia en 1841 alcanzando la ley del 21 de Marzo.

La opinión unánime de los opificios, es que la población de los países manufactureros, es menor rigurosa que la de las campiñas. Los documentos oficiales

recogidos por el ministro de la guerra, prueban que en Francia, los inútiles en las quintas son mucho mas numerosos en las ciudades fabriles que en las rurales.

He aqui algunos datos.

La quinta de 1834 era de 80000 hombres, habia inscritos 908575. Para sacar 100 hombres útiles, fueron menester en el departamento del Sena Inferior, 226; en Luan, 266; en Altkan, se, 310; en Elbeuf, 268; en Nimen 244; cuando en toda la Francia amañada, bastaron 186.

He aqui un resultado que nos prueba con toda evidencia que la población obrera es generalmente debilitada y debil. Mas, ¿este triste resultado, debe ser atribuido al trabajo excesivo impuesto a los niños en su primera edad? M. Billaudet individuo de la comisión nombrada por el gobierno francés para estudiar esta cuestión, dice: "La Comisión está persuadida, de que un trabajo excesivo, sobre todo en la primera edad de la vida, debe tener consecuencias higiénicas las mas funestas. No hay duda, dice tambien el mismo autor, que la estancia en las ciudades, que las pasiones encendidas en medio de reuniones considerables de toda edad y sexo; que el ejemplo y contagio del

vicio; que los excesos de corrupción y libertinaje, tienen una gran parte en la alteración progresiva de las naturalezas hasta de las mas robustas.

Objetos tan tristes como públicos, no podían menos que llamar la atención de algunos gobiernos filantropicos, y así es que la deplorable suerte de los niños empleados en las fábricas, dió lugar en Inglaterra á ocho bills en el espacio de 31 años.

En Francia ocupó mucho tiempo la imprenta y la tribuna hasta conseguir la ley del 21 de Mayo de 1841. Ambas leyes empero, dejan algo que desear, mayormente á lo relativo á las horas del trabajo.

Hace de procurár que las leyes y disposiciones aporquen ó bastimen lo menos posible á los intereses creados á fin de que los perjudicados no opongan dificultades al cumplimiento de la misma ley. La que señala las horas de labor de los niños, afecta los intereses de los fabricantes y por esto se estude. El proyecto de ley española del 6 de octubre de 1855, aunque dado á luz en los brazos de una crisis, ha comprendido mejor que las extranjeras, el interés del niño y de sus padres. El bill inglés permite al niño que trabaje

nueve horas diarias; la ley francesa 8 y la nuestra 6. Dando á todas las fábricas la misma duración de trabajo, ó sean 12 horas, tendremos que los niños franceses é ingleses no pueden facilmente ser substituidos en las tres ó cuatro horas respectivas de trabajo que faltan, siguiéndose un perjuicio al amo, á quien, ó faltarán ayudantes para las máquinas, ó estas deberán ser mal servidas; al contrario, en nuestras cuadras, los niños que trabajan seis horas por la mañana pueden ser reemplazados por otros en la tarde, y los fabricantes teniendo dos pasadas de niños, no sufren detrimento en sus operaciones, al mismo tiempo que los niños pueden ir á la escuela en la mañana ó tarde libre, en beneficio de su instrucción y moralidad.

El sistema de los relevos, no es una cosa nueva; se ensajó en Inglaterra despues del bill de 1833; al principio fue muy contrariado por los mismos amos declarándolo impracticable; pero en 1834, reconociendo sus beneficios, predicaban su utilidad. El Honorable señor en dicha época á la Cámara de los comunes que sobre 1869 fábricas, las 526 usaban de relevos, unas en grande escala, y otras en escala mas reducida.

Todos los inconvenientes de esta práctica, se fundan en la menor ganancia de los niños, pero esta se halla muy bien compensada por la instrucción que pueden recibir, y por la mayor salud de que pueden disfrutar, estando menos tiempo expuestos á la boquilla del algodón, al aire no renovado, y á otras causas de insalubridad que tanto daño causan en su tierna naturaleza.

Se subrayado la palabra 'instrucción', para que el gobierno procure que esta palabra no sea letra muerta como lo es en algunos puntos de Inglaterra, donde no existen las escuelas que por acuerdo de la Cámara de los Lores fueron establecidas, ó existen en lugares improprios y desatendidas por maestros de reconocida incapacidad.

Determinadas por real decreto las horas de trabajo para los niños que jamás deberán pasar de seis días rios hasta que el joven obrero haya adquirido el completo desarrollo físico, é instrucción debida, cuidará el gobierno de que no sean admitidos antes de la edad señalada por la ley, lo que no se observe actualmente. A los de siete años, trabajar trece horas completas, pero su figura escualida, su

mirada fija y apogada, sus movimientos tardios, hacen conocer al observador menos práctico, la suerte desgraciada que á estos infelices aguarda.

En Francia, los niños son admitidos á los ocho años, en Inglaterra y Prusia á los nueve, en Austria á los 16.

Puesto proyecto de ley del 6 de Octubre de 1859, se admite á los ocho cumplidos; edad demasiado tierna, si no se compensa con la disminución del trabajo.

Si en esta edad se les hiciera trabajar cuatro horas, podrían formar relevo con los de doce y diez y seis años, que podrían trabajar ocho horas, ocupando las restantes en la escuela. Ahí, en muchas poblaciones, sin mas sacrificio que el de no trabajar, podrían establecerse escalas de horas de trabajo, proporcionadas á las diferentes edades de los niños, conciliando el mayor desarrollo corporal con la necesidad de la instrucción.

Para arreglar estas u otras cuestiones que á menudo pueden suscitarse, debe haber en todos los pueblos fabriles, una junta mixta de administradores, fabricantes y ministros operarios y médicos, sin cuyo consentimiento y aprobación no podrá admitirse ningún niño en la fábrica. Esta junta, como representante del poder

social, de la industria, y de la humanidad; debe tener una autoridad ejecutiva, procurando al mismo tiempo conciliar todos los intereses.

No permitirán que los niños sean admitidos en las fábricas, sin antes ser vacunados.

Vigilarán que haya las escuelas necesarias, y que los niños sean admitidos en ellas en cualquier hora en que estén libres del trabajo.

Que los niños no sean maltratados en las fábricas, y omitiría esta circunstancia que creo inútil en nuestros fabricantes, sino hubiese leído en el Industrial de Cham pagne del 2 de Octubre de 1835 estas sentidas líneas:

" En algunos establecimientos de Lombardía, el látigo figura sobre el telar entre los instrumentos de labor...

... Este hecho, añade el redactor, me ha sido afirmado por muchos fabricantes en París, y por las mugeres de estos, que se lamentaban al referirlo. Una de estas mugeres, me decía que cuando en los tiempos de demanda los obreros trabajan por las noches, los niños igualmente deben velar y trabajar, y que cuando estas pobres criaturas se rinden al sueño y cesan de obrar, se les despierta por todos los medios posibles, com

prendido el látigo. "

No deberemos permitir tampoco, que los niños trabajen de noche, porque en general, dice Mitterme, el trabajo de noche, es para los niños una causa grande de desmoralización. Se ha observado que estos, mas que los otros, manifiestan ideas de independencia, y adquieren funestos hábitos de desorden, sobre todo si ganan mejores salarios.

Consultando el gobierno de Francia á las juntas de comercio, á las consultivas, y á los consejos de hombres grandes, si debía vedarse el trabajo de noche á los niños recibió esta respuesta unánime: " Si, bajo el triple interés de la salud, de la moral, y de la instrucción. En las localidades en que alguna vez haya grandes demandas, se pide que el trabajo nocturno sea privado á los niños menores de 15 años; pero tolerado segun las circunstancias, y con la intervención de las autoridades locales, cuando se pueda justificar que se ha empleado á adultos que no habrían podido trabajar de día. Además, este permiso no se dará mas que dos veces á la semana. "

Debe procurarse despues, que las cuerdas y talleres

operen todas las garantías de seguridad, renovación de aire y salubridad.

Esta junta, y en particular el médico que de ella forme parte vigilará con especial cuidado la salud de los niños; suspenderá o acortará la duración del trabajo según los accidentes de crecimiento y salud; autorizará el aumento de trabajo en los niños mas vigorosos o dotados de una fuerza precoc; según su temperamento les aconsejará que se dediquen á esta ó aquella industria; que no entren en estos ó aquellos talleres ó cuadras; tomando para estos infelices, un cuidado verdaderamente paternal.

Me he ocupado exclusivamente de los niños en este capítulo, como tambien lo hare en el siguiente, porque es á ellos á quienes se obliga á que trabajen mas horas de las que pueden; y á quien no se les paga su jornal del modo debido.

Las mugeres si bien que no son robustas como los hombres, tampoco ejecutan los trabajos mas pesados de la fábrica, los que se reservan á estos, y en cuenta á su jornal, en términos generales, es proporcionado á su trabajo y á sus necesidades, de modo que en el ca-

pítulo siguiente hablaré casi solo de los niños.

9. De los salarios.

La alimentación, el vestido, la habitación y la limpieza del obrero, están intimamente relacionadas con el salario; si es insuficiente, tambien lo será sobre todo su alimentación, de ahí que gastando en el trabajo mayor cantidad de fuerzas que las que proporciona la nutrición, se establezca el desequilibrio funcional se pierda el vigor orgánico, y sobrevenga el estado patológico. La cantidad de trabajo que produce un obrero, está en razon directa del valor trófico de los alimentos de que usa.

La alimentación de los obreros está subordinada al nivel de los salarios que oscilan en una escala muy estensa; el mayor dispendio de aquellos, consiste en la alimentación; este cuesta diariamente para un hombre la mitad del gasto total, y los dos tercios y aun los tres cuartos si existen hábitos de intemperancia; no alcanza la mitad y raras veces pasa de los dos tercios para la muger, y para un adolescente, se

pueden fijar en tres cuartas partes. Diez céntimos de más o de menos en la cantidad necesaria al sustento de un jornalero económico y sin familia es lo que basta, ya para procurarle cierta comodidad, o bien para obligarle a pasar con gran penuria.

Más, como el salario no es siempre el mismo sino que varía en las crisis industriales tan frecuentes en razón á las agitaciones políticas que atravesamos, resulta, que si el operario no puede procurarse algunas economías con el jornal ordinario, se verá obligado á someter su nutrición á los vaivenes sociales, hallándose por tal concepto, en el caso del empleado que disfruta de un sueldo exiguo cuyo estómago no puede menos que estar á merced de los partidos.

Luego tenemos que en el vestido y lavado gasta el obrero de $\frac{1}{2}$ á un $\frac{1}{3}$ de su salario; y á pesar de todo esto, dice mucho de poder satisfacer según las prescripciones de la higiene estas imperiosas necesidades. Muchas enfermedades propias de las profesiones industriales desaparecerían si los trabajadores pudiesen atender debidamente á su abrigó y lim-

pieza. Los que trabajan en sitios en donde reina una alta temperatura, así como los que hacen grandes esfuerzos musculares, que aumentan el calor y avivan la transpiración, deben poner especial cuidado de mudarse de ropa al salir del taller, y no exponerse sin abrigo conveniente al contacto del aire libre.

La falta de los baños contribuye también indudablemente á la frecuencia de las enfermedades cutáneas en los obreros. En Roma, al salir estos del taller iban á los baños públicos para limpiarse el cuerpo y rebatirse de la fatiga, por lo cual según Ramazzini gozaban de mejor salud que nuestros trabajadores. Entre 119 casos de enfermedades de la piel (esto es, 30 psoriasis, 25 eczemas, 3 impétigos y 1 fienfizo) recogidos por Fleury, había 35 obreros. El uso habitual de los baños disminuiría en gran manera esta proporción, y he aquí demostrada la necesidad de establecer baños públicos ó bajo precio.

« En Mulhouse, dice Levy, los obreros han adquirido fácilmente el hábito de bañarse, desde que se les ofrece un baño por 20 céntimos; la multiplicación de los baños y de los lavaderos en todos

los centros de población, demostrará mas y mas por sus resultados, que los hábitos de incivicia popular son efecto del abandono de las clases laboriosas, y del alto precio de los medios de limpieza. »

Con lo que dejó dicho, se comprenderá la importancia que tiene el salario en la alimentación y de más necesidades que tanto aquejan á los pobres niños empleados en las fábricas. Conviendría que la administración pública ejerciese una vigilancia tutelar especialísima. Y aun como si la ambición de los fabricantes no fuese bastante, muchos padres ocupan á sus hijos en las fábricas con el objeto de procurar se mayor ganancia, disipando si á mano viene en el juego ó en la taberna, el premio del trabajo á quienes tienen el ineludible deber de alimentar, y muchos fabricantes no pagan á los niños en proporción á los beneficios que del trabajo reportan. De ahí resulta que el régimen alimenticio de la infancia, que debiera ser adecuado á la marcha creciente del organismo y al consumo que ocasiona al trabajo impuesto deba frecuentemente de satisfacer estas necesidades, contribuyendo junto

con las otras causas de depauperación que por ende rodean al pobre niño á aniquitarlo por completo y á hacerle indefenso contra las causas mortificas que desde sus mas tiernos ^{anos} miseros su existencia. Levy, reflexionando sobre el particular, dice: « El producto de los presos se divide en tres porciones, de las cuales se les entrega una, otra se les reserva para el día que les viene su condena, y la tercera se abona á la administración; Porque á los pobres niños se les trata con menor prevision, y porque su salario no se consagra por terceras partes, á su sustento, á su prohenis y á sus padres, quienes no siempre hacen por ellos, lo que la administración para los presos? »

A todo esto convendría añadir una inspección médica ejercida, no por profesores asalariados por el establecimiento, sino con caracter oficial, y por consiguiente dotado de la conveniente independencia para poder fallar conforme á sus conocimientos fisiológicos, acerca de si á determinados niños es preciso disminuirles las horas del trabajo, ó al contrario si á otros se les puede permitir que lo prolonguen como decía en el capítulo anterior.

Si pues, la cuestión del trabajo de los niños, comprende tres puntos, la edad, el salario, y la vigilancia médica; solo cuando las leyes hayan establecido lo conveniente con arreglo á las indicaciones que acabo de hacer, la higiene podrá darse por satisfecha.

4. Mortalidad de la clase obrera.

Si no fueran otras que las expuestas, las causas de las enfermedades de las clases obreras, especialmente de las ocupadas en la industria algodonera, ciertamente que nos harían mirar como resaca de las pinturas trágicas y desconsoladoras que sobre la mortandad de estos infelices nos hacen algunos médicos y filósofos.

Sea esta mortandad providencial, como opina Malthus, ó un resultado directo de las enfermedades, de la miseria y del vicio; ello es innegable que se vea en las clases que nos ocupan, y nos obliga á buscar otros gérmenes mas generales, mas destructores y mortíferos. Jamás las causas mencionadas podrán abreviar tanto la vida media de

los distritos manufactureros haciéndolos ocupar un lugar tan bajo en la escala vital de los diferentes países donde existen las grandes manufacturas, como resulta de los siguientes datos. En Francia la vida media segun los concienzudos experimentos de Buffon es de 36 años; en el departamento del Alto Rin (Haut-Rhin) era en 1812 de 35 años, nueve meses y doce dias, y en 1861 de 31 años, nueve meses y siete dias; disminuyéndose á proporción que aumenta la población y las manufacturas.

Segun Porter y Rickman mueren en Inglaterra uno para 51 ó sea un dos por ciento; en el condado de Hertfordshire mueren ya antes de los cinco años, 39 por ciento; y en la ciudad toda manufacturera, 48; en la ciudad de Birmingham el 44; y el 42 en la de Norwich; el 38 en el condado de Warwick; y el 35 en el de Norfolk.

Esto es que el peso funesto del industrialismo pesa ya desproporcionadamente sobre el pobre niño que abandonado á los quince dias por una madre que debe ganar su subsistencia en la fábrica, no es por ella consolado en sus vejidos y amamantado á menudo como reclama la tierra naturalere.

El calor materno que tan necesario es á los infantes para su conservación y desarrollo, falta enteramente á estos niños que abandonados á una hermana juguetona ó á una mercenaria estúpida piden con bastinero blando el alimento que su madre les da en determinadas horas, y en cantidad desproporcionada á sus debidos estómagos; ¿Qué extraño pues que mueran la mitad de estos infelices! ¿Qué extraño que la vida probable sea tan insignificante en los distribidos manufactureros!

La vida probable del hombre es según Duveillard

	Al nacer	A 1 año	A 5	A 10	A 20	A 30
Vida natural	20 $\frac{1}{2}$	37	49 $\frac{3}{4}$	55 $\frac{3}{4}$	55 $\frac{3}{4}$	29 $\frac{1}{2}$
Alto Rhin	19 $\frac{1}{2}$	39	49 $\frac{1}{2}$	54	54	31
En Mulhouse	7 $\frac{1}{2}$	30	34	32	32	26 $\frac{1}{2}$
En los tejedores	4 $\frac{1}{2}$	19	27	20	20	17
En los hiladores	1 $\frac{3}{4}$	11	17	15	15	13

Estos guarismos, aunque aflictivos son ciertos; son datos oficiales recogidos con todo esmero é imparcialidad por M. Firmin Demonferrand, inspector gene-

ral de la Universidad de París; y un elocuente testimonio de la influencia mortal que la industria ejerce en los pueblos donde exclusivamente reina, y de las fatales condiciones bajo las que viven los obreros.

Para deducir M. Demonferrand los anteriores resultados, había observado 216,095 individuos de ambos sexos en el Alto Rhin, 5,219 en Mulhouse, 1660 tejedores y 1660 hiladores de los que habían muerto

	A 1 año	A 10	A 20	A 30	Sobrevivieron
Alto Rhin	59,966	204,097	114,419	126,617	89,478
Mulhouse	1,671	5,909	3,122	3,500	1,919
Tejedores	202	589	320	356	84
Hiladores	67	194	116	126	14

¡ De 1660 hiladores solo 14 llegaron á la edad de 30 años!

La estadística oficial inglesa arroja datos muy parecidos á los anteriores. Sobre 100 defunciones, se cuentan

	Distribidos manufactureros			Agrícolas		
	en Inglat.	Leeds.	Lancaster.	Do. & Co.	Stokefort. Do. & H.	
Menores de 5 años	96'8	69	44	59	24	25
De 5 á 9 años	65	9	8	7	5	5
De 10 á 19 años	10'1	14	14	12	11	10
De 20 á 29 años	14'2	17	17	15	12	13

	Distritos manufactureros			Agrícolas		
	En Inglal.	Leeds.	Lancaster.	York. D.	Gloucest.	York. N.
De 30 a 39 años	14'3	18	18	15	11	11
De 40 a 49 años	16'4	21	21	16	12	12
De 50 a 59 años	20'8	28	25	21	16	15
De 60 a 69 años	34'3	42	38	36	29	27
De 70 a 79 años	54'3	66	69	61	53	52
De 80 a 89 años	82'5	89	88	88	85	84
De 90 a 99 años	95'5	94	94	94	93	95

M. Richardson hace observar que los distritos de York N. y D. vecinos el uno del otro, tienen el mismo clima y sus habitantes el mismo alimento, hábitos y costumbres; solo se diferencian en la mucha fabricación que hay en el D. al paso que el N. carece de ella.

Mueren en los distritos agrícolas, fabriles, medios			
Menores de 10 años	05'05	03'55	04'28
De 10 a 40 años	20'98	21'04	20'48

Sobre 10.000 niños, llegan a la edad de 60 años 4.454 en los países agrícolas: 3.561 en las fabriles y 4.124 en los medios.

El término medio de la vida en Gloucester es de 43

años y en Lancaster de 42 y medio.

Segun los datos estadísticos de Sadler relativos a las enfermedades de los niños empleados en las filaturas y fábricas de Inglaterra de los cuales resulta; que entre 1048 niños que habían trabajado en estos establecimientos solo 22 llegaron a la edad de 60 años y 9 a la 50; entre 324 obreros, la mayor parte de corta edad, empleados en sus fábricas de hilados, solo había 189 que gozaran de cabal salud, 260 estaban enfermos, 288 positivamente enfermos, 43 eran ochaparrados, 100 sufrían tumefacciones en el empeine, en los pies y en las rodillas, y 37 ofrecían desviaciones de la columna vertebral.

No debe pues extrañarnos que haya dicho un doctor, que al leer estos datos estadísticos, se nos figura ver el martirio inmenso de la clase obrera.

Si como la naturaleza quisiese compensar estas bajas, se aumentaran los nacimientos en las poblaciones fabriles con una progresión geométrica; aumentando así el malstar y los gravámenes de esta clase, cooperando la fecundidad a la miseria y mortandad de tantos infelices.

Algunas madres pueden apenas alimentarse, la leche que dan á sus hijos es poco nutritiva y la dan á intervalos demasiado largos para sus estómagos delicados; añadamos la falta de limpieza, de cuidados, de caricias, y tendremos una causa frecuente de muertes infantiles.

5. Estado moral de las mujeres y niños industriales.

Los infantes que resisten á las privaciones que dejó mentadas, á la dentición, y demás enfermedades comunes; cuando al llegar á los siete años y la naturaleza empieza á sonreírles; cuando entran en la época de los juegos; cuando su imaginación deja presentir algo de sus destellos; entonces se les sujeta al pie de una máquina; el rochar de las mecheras son sus juegos y delicias; las púas y engravaciones les embeteles, que en un momento de descuido, de improvisión ó de curiosidad, les torturan. Luego se apaga su imaginación; su inteligencia se enerva, se materializa, y se embrutece.....
 ellas tarde hicieron sus oídos palabras ardientes, que

notanizar su cerebro, que inflaman su corazón, que les martirizan, les incitan..... el ejemplo los avasalla... y luego el vicio y el libertinaje enervante y precoz, aniquilan sus fuerzas físicas y consumen una naturaleza débil y machitada ya, por un trabajo prematuro y una respiración insuficiente.

Limitada su inteligencia por la densa niebla de una ignorancia estúpida y furiosa; sin el discernimiento suficiente para separar la utopía quimérica de la realidad oscurilla, solo dan oídos á doctrinas corrosivas pero traquetenas, vertiginosas pero atractivas, que batagan sus sentidos, sus pasiones inmortales, y que un día le avasallan á cometer actos de barbarie y vandalismo propio solo de hordas salvajes é incivilizadas. ¿Mas, ¿no son incivilizados nuestros obreros? ¿Quién ha dirigido su voluntad, encaminado sus pasos y aclarado su destino? En vez de libros que tampoco sabrían leer, corren precipitadamente en los talleres, láminas obscenas; circulan de boca en boca aspiraciones vanas y ensueños fantásticos de una fealdad independiente, y de un trastorno inmoral y vergonzoso. A estas ideas de un sentimentalismo que

embriaga, suceden lógicamente las que deben facilitarse estos mágicos ensueños, el amor á la riqueza les sugiere la comunidad de intereses, y la rabia contra los ricos y contra la propiedad.

Hay en casi todas las fábricas que he recorrido, niños y jóvenes de ambos sexos que trabajan juntos en la misma cuadra, cerca unos de otros, y del ser en una misma máquina?

Las cuadras no son escuelas de costumbres austeras al contrario, sensible es decirlo, por la indiferencia del fabricante ó de sus mayores domos, en el mayor número de ellas se permiten palabras y chanzas de un género sumamente ofensivo al pudor y á las buenas costumbres. Cuadras hay, que mas que del labor se podrian llamar del vicio; los desgraciados niños que allí concurren, no viendo mas que desórdenes, no oyendo mas que palabras obscenas, se inficionan con el veneno sutil del libertinaje y educandose así en medio de ejemplos repugnantes, y viviendo en una atmósfera cálida é impura, no tardan en entregarse á viciosos excesos, en perjuicio de sus fuerzas y hasta del desarrollo de su cuerpo.

El hombre por su desgracia, lleva en si mismo, en su fuerza de imaginación, y en su suma impresionabilidad la principal causa de sus desórdenes. A ellos tambien contribuyen la influencia hereditaria, los climas cálidos, el influjo de la primavera, la época de la pubertad y otras causas sociales entre las que deben contarse, la falta de religión, el contagio del ejemplo, la veiosidad de las masas, la proximidad de los sexos, el poco respeto de las mujeres, el deseo de parecer bien, llevado al extremo etc.

Los efectos de estas causas, los vemos en las fábricas aunque nuestras jóvenes no son tan livianas como en otros países; las hay que resisten al espectáculo de la depravación y á la corrupción del ejemplo, no traspasando los límites del deber; mas viene un día de crisis, una suspensión de trabajos y por consiguiente de salarios, la miseria unida entonces al deseo de ir bien vestidas y á la carencia de principios religiosos, alcanza á veces lo que no ha podido la depravación con todos sus atractivos.

Aunque este mal que tantos otros causas, afectando las almas y los cuerpos de los que se dejan inficionar de él, se haya hecho sentir menos en nuestra

placia que en algunos lugares del extranjero; es necesario vigilarlo muy de cerca para impedir su crecimiento, seguir todos sus pasos para curarlos, combatir por todos los medios posibles para curarlo completamente, ó si esto no se puede, disminuir su intensidad y sus efectos.

La empresa no es menos necesaria que difícil y debe cooperar á ella toda la sociedad. Los padres deben vigilar cuidadosamente los primeros actos de sus hijos; los maestros cuidarán de los discípulos, el gobierno de sus subordinados, y los amos de sus aprendices. Insisto en esto, porque en las fábricas la disolución es proporcionalmente mayor en los niños de 10 á 12 años que en los adultos; siguiéndose de aquí, el aniquilamiento de sus fuerzas por una pasión prematura, porque como dice Descartes, sus efectos son tanto mas intensos, cuanto mas dista el cuerpo del periodo de la vida destinado á la propagación de la especie, así por no haber llegado á él como por haberlo ya traspuesto, periodo que se verifica en los hombres, entre los 40 y 60 años, y en la mujer de 16 á 50.

Cuando los fabricantes conozcan mejor sus intereses, cuando hayan experimentado que de la moralidad y buenas costumbres depende la salud del obrero, y que de esta proviene la perfección de los artefactos; seguramente que mas que ahora vigilarán para destruir el libertinaje que enerva los cuerpos de sus operarios, procurarán la separación de ambos sexos, que las mujeres especialmente de noche, salgan de la fábrica un poco antes que los hombres, que en sus talleres no se pronuncien palabras lascivas y equívocas que son tan perjudiciales á los niños de tan penetrante curiosidad porque la obscenidad casi siempre se observa en las palabras, puesto que el orden reina en los talleres, pero los niños cuya curiosidad es tan viva como el sentido de estas palabras, las repiten con una satisfacción asombrosa y conocen cosas que debieran ignorar.

Deberá procurarse que no queden nunca sin trabajo las obreras jóvenes para que no se vean expuestas á la seducción por causa de la miseria.

Procurarán que estas no vayan descompuestas durante el trabajo, á fin de no fomentar con

su inocencia; el fuego latente y voraz que aniquita á jóvenes mayormente en las cuadras de reina una gran temperatura.

" Ignorais dire con Mittermé, los que reuni en nuestras talleres los sexos cuando tambien podriais separarlos, las fatales licencias que esta reunion produce, las terribles de males costumbres que de ella resultan, especialmente en la edad en que han hablado los sentidos y en que dominan las pasiones que favorecis? ¿alli donde separais los sexos ¿pensais haberlo hecho todo? En el taller donde hay las jóvenes, ¿insponis la inocencia? El cinismo del lenguaje, los celos que inspira la inocencia á aquellas que la han perdido ¿no son causas fuertes de corrupcion que veis y no corregis? Entre los mismos niños, la reunion de sexos ¿no produce una licencia de relaciones, basta en los actos mas vulgares de la vida en menorprecio de la inocencia que mas tarde debe dar sus frutos?"

Los esfuerzos que haceis para corregir el mal, hubieran sido mas bien empleados en prevenirlo; jamás podriais evitar el reproche de haber dejado perder las jóvenes, cuyas costumbres podriais salvar con precaución

nes sabias y honestas."

6. Enfermedades que mas comunmente cubren las mugeres y niños empleados en las fabricas.

Muchas son las enfermedades que afligen á la clase obrera, pero sin detenerme en lo que no corresponde á mi objeto y dirigiéndome á lo mas principal, puedo decir que las enfermedades mas comunes á los niños, adolescentes y mugeres, son las escrófulas y la tisis, sobre todo esta última, y no es la tisis tuberculosa propiamente dicha la que mas comunmente se observa, sino esta trasformación caseosa del pulmon sobrevinida á consecuencia del continuado influjo de un aire impuro é irritante. Es tan frecuente entre los obreros, que de los estudios estadísticos de M. B. de Reupville, hechos sobre 22 profesiones industriales, resulta que de cada 1000 defunciones ocurridas en la población fabril, 296 son causadas por esta terrible enfermedad que ha llegado á merecer el significativo epíteto de tisis profesional, y que las dos terceras partes de víctimas eran mugeres. No debe esto extrañarnos si recordamos la multitud

inmensa de causas morbosas, como son, el mefitismo putrescente, la no renovación del aire de las cuasdas, la mala é insuficiente alimentación; la demasia de trabajo, los vicios, y tantas otras causas que seria larga enumerar.

Sea ó causa de la vida sedentaria, ó mejor de una constitución endeble y delicada, las jóvenes padecen frecuentemente la amenorea, afección tan comun como poco observada, ó lo menos recordada en las obras monográficas que he podido observar. Tal vez este silencio será debido al poco peligro que presenta esta enfermedad, por que efectivamente, curan de pondo por algun tiempo la cuasda y respirando un aire mas vigoroso, entregándose á un ejercicio mas activo y al aire libre; practicando al mismo tiempo los remedios oportunos que les prescriba el facultativo.

M. Ramazzini pretendió probar que las tejedoras no conocen esta enfermedad ó causa del ejercicio de sus piernas. Efectivamente, la padecen con mucha menor frecuencia que las hilanderas, y otras obreras sedentarias.

Recordaré aqui como de paso, la hipochondria que

síene entre las hilanderas de Manchester, determinada por deseos eróticos y fruiciones voluptuosas.

Tambien debe tenerse mucho en cuenta, la manceba predisposición que tienen al aborto, sobre todo las hiladoras y devanadoras; y la mayor parte si crían á sus hijos concurrendo á la fábrica, suelen quedar sin leche ó los pocos meses.

Las enfermedades son al obrero, lo que la guerra á las naciones; de aquellas así como de estas, nacen la miseria y el hambre, y estas á su vez predisponen á las enfermedades que dan lugar á los motines y á la intranquilidad pública. Los obreros, empero, cuya mortalidad relativa es tan considerable, se hallan aun si cabe mas vejados por las enfermedades.

Segun cálculos aproximados, á una edad de sex años corresponde por término medio ó cada obrero, 66 semanas de enfermedad, es decir 662 dias de carea de salario de ganar y no ganar, de tener que sobrellevar mayores dispendios que de ordinario y de no contar con medio alguno para sufragarlos.

Despues de lo dicho, comprendese el estado de penuria y desdicha en que se halla sumida

la población industrial, y cuanto debe hacer la *Stijes* me públize para remediar los males que ocibaren la existencia del proletario.

Los límites de una cuadro que cierran obstinadamente el horizonte privando la vista de un cielo sereno y de una campiña amena; la carencia de los afectos maternales; la ausencia del amigo de los juegos infantiles y la falta de un protector, inspiran á menudo al niño obrero, ideas tristes, como sus días y sombrías como su porvenir.

Su memoria le recuerda una libertad perdida; su imaginación le embellece los antiguos juegos, trocados ahora en ciertos y determinados movimientos; él! atado á los hilos que debe anudar, á la mechera que debe cambiar, consume allí unos días que pasan y se suceden con una lentitud cruel. Entre tanto, sus ojos van perdiendo la brillantez, su sensibilidad se embota, su vivacidad se apaga, las carnes de su cuerpo se marchitan y desaparecen; su vientre se hincha, las lágrimas acoran á los párpados; falta el apetito, y finalmente

sucumbe víctima de la nostalgia?

Conclusiones.

Formando de lo que acabo de decir un breve conjunto, y sacando las consecuencias prácticas que parecieran mas oportunas, me parece puedo resumir lo dicho, en las conclusiones siguientes:

1.^o Deberá evitarse todo lo posible que las mugeres y aun los niños trabajen en las fábricas, escogiendo otros oficios mas puestos en saron como por ejemplo las lecerias, tiendas de blondas y encajes, pasamanerías etc.

2.^o Para la admisión de los niños en las fábricas, deberían ser estos previamente examinados por un médico nombrado por una junta *ad hoc*, y este, con la libre facultad de no admitir á los que por cualquier cause le parezca no serles útil para su salud, el trabajo, y de poder asignar la duración y clase de trabajo que los

que admita pueden ejecutarse, en relación con su edad, fuerzas, estado de salud, crecimiento y desarrollo.

3.^a No deberá ingresarse ningún niño en las fábricas antes de los nueve o diez años, y aun en esta edad, no permitirá que el trabajo se prolongue más de cuatro horas, pudiendo ser de seis en los de doce, y de ocho en los de quince, y así de este modo, los retrasos podrían hacerse perfectamente porque los de 8 horas podrían alternar con los de cuatro, y entre sí los de seis.

4.^a No se permitirá que ningún niño entre a trabajar en la fábrica sin antes ser vacunado.

5.^a Deberá privarse por completo el trabajo de noche a los niños menores de quince años.

6.^a Se establecerán aranceles sobre todo para los niños a fin de que su trabajo sea debidamente retribuido.

7.^a Se procurará por el gobierno, que haya un suficiente número de escuelas gratuitas y con las condiciones que la higiene exige para que a ellas puedan acudir los niños en las horas que les deje libres el trabajo de la fábrica?

8.^a Es de todo punto indispensable antes de que se inaugure una fábrica, la previa aprobación facultativa, o sea de si las cuadras tienen la suficiente capacidad, para que durante el trabajo, los obreros no respiren un aire viciado; que haya los aparatos de ventilación más perfectos, y más en armonía con la disposición y circunstancias de las cuadras; que las máquinas sean lo más perfectas posibles a fin de que no se levante mucho polvo, y que estén las engravaciones completamente cubiertas para que los obreros, especialmente los niños por su imprevisión, no sean víctimas de una desgracia. Sería además muy conveniente, que este examen se hiciera frecuentemente, cada 4 o 5 años por ejemplo.

9.^a No deberá permitirse el trabajo a las mujeres embarazadas o lo menos pasados los seis meses, por lo frecuentes que son en las que si quieren su trabajo, las metemórfoas y el aborto.

10.^a Deberá cuidarse mucho del estado moral, evitando durante el trabajo, vistas patafraz y chanzas de mal género; deberán separarse absolutamente los sexos y privar que las mujeres,

vayan descompuestas para no fomentar la lascivia?

11.^a Se procurará que no queden nunca sin trabajo las obreras jóvenes, para que no se vean expuestas á la seducción por causa de la miseria.

12.^a Seria muy conveniente que las mugeres saliesen de la fábrica á lo menos un cuarto de hora antes que los hombres sobre todo por la noche y aun seria mejor que entrasen tambien despues de estos para evitar los abusos que con tanta frecuencia tienen que lamentarse.

Estos son á mi parecer, los remedios físicos y morales que en favor de las mugeres y niños obreros, pueden por de pronto ponerse en práctica.

Y me he fijado con alguna detención en las causas de inmoralidad que hay en las fábricas, por el motivo de que hoy día se tiene mucho en cuenta la materia, y se olvida el espíritu y el corazón.

El corazón social está dañado, su enfermedad está en las costumbres de las masas. Corrige estas costumbres, conducielas por la senda del trabajo y de la virtud; atender al obrero en sus em-

presas; consolarle en sus infortúnios; sembrar en su alma la ferretijosa; apartarle suavemente del vicio e inspirarle los sagrados principios de moralidad, de economía, de frugalidad, de propiedad, de resignación, de amor á la familia, de respeto á las jerarquías sociales, y de inclinación al trabajo; seria la tarea mas provechosa, la mas útil que pudiera emprender un gobierno ilustrado en beneficio de las clases obreras. Se dicho?

Madrid 4 Marzo 1885

Manuel Soler Camillo



[Handwritten signature]

Leida ante el tribunal el 20 de Marzo

de 1885

El Sr.

Fran. L. Santamaria